



La Santa Sede

VISITA PASTORAL
A LA PARROQUIA ROMANA DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

*III domingo de Cuaresma
22 de marzo de 1981*

1. "...Postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque El es nuestro Dios y nosotros su pueblo, el rebaño que El guía" (*Sal 94 [95], 6-7*).

Con estas palabras de la liturgia de hoy, *me dirijo* a vosotros, queridos hermanos y hermanas, feligreses de la comunidad parroquial, dedicada a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, en la EUR.

Esta es la *invitación* a adorar a Dios, que nos ha creado. Es la invitación a una adoración particular a Dios en este período de redención y de gracia que es la *Cuaresma*.

Efectivamente, la Cuaresma es el "tiempo propicio" (*2 Cor 6, 2*), en el cual el Señor se revela a quien se esfuerza por conocerlo y amarlo. Es el tiempo del "memento", de acordarse de El de modo real. Es *metánoia*: dirigirse a El con toda el alma para servirlo y darle gracias. Esto significa adorar al Señor, y por este motivo la Iglesia no se cansa de repetir con el Salmista: "Entremos a su presencia dándole gracias, vitoreándolo al son de instrumentos" (*Sal 94 [95], 2*), y también: "Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor" (*Sal 94 [95], 6*).

La adoración a Dios constituye la razón de ser de la Iglesia y de cada hombre, el cual no puede dar expresión cabal a su existencia, sin manifestar este acto amoroso, espontáneo y consciente a Dios, su Creador. Y este acto de adoración se realiza sobre todo en la comunidad reunida para la celebración del banquete del Señor, en la *fractio panis*, que también nosotros renovaremos dentro de poco.

2. Con estos sentimientos saludo a vuestra comunidad parroquial dedicada a los Santos Pedro y Pablo. Como es sabido, la parroquia es bastante joven, habiendo sido abierta la iglesia al culto en 1955, erigida en parroquia en diciembre de 1958 y elevada a la dignidad de basílica en 1965. Saludo al cardenal Vicario, que también aquí se siente en familia, como en cada una de las parroquias de la diócesis, al obispo auxiliar del sector Sur, mons. Clemente Riva, el cual acaba de desarrollar la semana preparatoria para este encuentro de los fieles de la EUR con el Papa; saludo de modo especial al párroco, padre Fausto Casa, juntamente con el grupo de franciscanos conventuales que le ayudan en la animación cristiana de esta zona. Sé que no cesan de prodigar las riquezas de su preparación cultural y de su experiencia humana y religiosa. Gracias a su dedicación y a la colaboración de otros sacerdotes, asociados con diverso título a la actividad pastoral, la vida de la parroquia ha ido reforzándose progresivamente y ha madurado en frutos espirituales que permiten esperar no poco para el futuro, aun teniendo en cuenta los muchos problemas que plantea la tendencia, tan difundida en algunas familias, a aislarse y a privilegiar quizá cierto tipo de individualismo.

Teniendo presente el camino recorrido, dirijo mi pensamiento a los miembros de las diversas Asociaciones, en particular a las de la Acción Católica, las de la Orden Franciscana Seglar, las del Apostolado de la Oración, la Asociación de San Vicente y la de los Scouts. Mediante estas asociaciones, el laicado está presente en la pastoral de la parroquia. Una palabra de saludo también a los religiosos y religiosas que tienen sus propios institutos en la zona y atienden a la formación de los jóvenes o a otras iniciativas benéficas, prestando así una válida aportación al esfuerzo común de promoción cristiana y social de los fieles.

Finalmente, a todos, pero en especial a cuantos sufren a causa de la enfermedad, de la soledad y de la pobreza, la seguridad de mi afecto y de mi constante recuerdo en la oración. Y ahora volvamos al comentario de las lecturas bíblicas que acabamos de escuchar.

3. "Golpearás la peña, y saldrá de ella agua" (Ex 17, 6).

El largo viaje de los israelitas por el desierto sirve de contexto inmediato al pasaje del Éxodo. Una de las dificultades mayores presentadas por un viaje en el desierto a un pueblo tan numeroso, que llevaba consigo rebaños y ganado, fue ciertamente la falta de agua. Por esto es comprensible que, en los días en que el hambre y la sed se hacían sentir de modo más agudo, los israelitas añoraran Egipto y murmuraran contra Moisés. Dios, que había manifestado de tantos modos su particular benevolencia para con aquel pueblo, exige ahora la fe, el abandono absoluto en El, la superación de las propias seguridades humanas. Y precisamente en el momento en que el pueblo no puede contar ya con sus propios recursos, está extenuado y abatido, y alrededor no hay más que la desnuda roca estéril y árida y sin vida, interviene Dios, se hace presente y hace brotar de esa roca agua abundante que da la vida. Precisamente de esa roca maciza podrán sacar los israelitas agua en su viaje hacia la tierra prometida, lo mismo que del Corazón de Cristo, sediento en la cruz, brotará el agua que salva a quienes han emprendido su camino de fe. Por esta

semejanza, Pablo identifica la roca con Cristo mismo, nuevo Templo y manantial que da de beber en la vida eterna (cf. *1 Cor* 10, 4). He aquí cómo la potencia de Dios se manifiesta en el misterio del agua viva, que salta hasta la eternidad, porque es el agua regeneradora de la gracia y reveladora de la verdad.

Como en el tiempo del Éxodo, también hoy los hombres notan la sed de esta agua salvadora y liberadora que proviene de Cristo, y la Iglesia, en respuesta, no se cansa de anunciarlo a todos los pueblos de todos los tiempos. Ella está presente en el mundo, sobre todo "para ayudar a los hombres a creer que Jesús es el Hijo de Dios, a fin de que, mediante la fe, ellos tengan la vida en su nombre, para educarlos e instruirlos en esta vida y construir así el Cuerpo de Cristo. La Iglesia no ha dejado de dedicar sus energías a esta tarea" (*Catechesi tradendae*, 1).

4. Del agua que salta hasta la vida eterna habla *Cristo* a la Samaritana junto al pozo de Sicar. Cansado del camino se sienta sobre el brocal del pozo. Los discípulos habían ido solos a la ciudad para las compras. Jesús pide a la Samaritana, que había venido para sacar agua, que le dé de beber. Ella se admira de esto. ¿Cómo puede El, un judío, pedir algo a una samaritana? Desde hacía siglos judíos y samaritanos vivían en una enemistad implacable. Pero Jesús se muestra superior a este prejuicio, como también a la opinión judía que consideraba como indecoroso para un maestro hablar públicamente con una mujer. Para El no cuenta la distinción de nación y de raza, ni tampoco la distinción entre hombre y mujer. Del agua natural, elemento material que Jesús pide primeramente a la mujer, lleva la conversación al plano de la revelación, al agua verdaderamente viva. La expresión "agua viva" en el lenguaje de los Profetas indica los bienes de la salvación del tiempo mesiánico (cf. *Is* 12, 3; 49, 10; *Jer* 2, 13; 17, 13). Pero la mujer, no pudiendo comprender su lenguaje, piensa en un agua milagrosa que apague la sed del cuerpo, por lo que ya no será necesario sacar más. De este modo Jesús ha despertado en ella el deseo de su don: "Señor —le dice la mujer—, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla" (*Jn* 4, 14). Entonces Jesús revela a la mujer que El es en persona la fuente misma el agua viva. Y demuestra cómo el camino de la fe en El pasa a través del reconocimiento de su misión divina, manifestando su conocimiento profético, propio de un enviado de Dios. Ella ha tenido 5 maridos y vive ilegalmente con un sexto. La mujer comienza a reflexionar: un conocimiento tal de los corazones no es el de un hombre común, y prorrumpe en un emocionado acto de fe: "Señor, veo que tú eres un profeta" (*Jn* 4, 19). Y luego irá a anunciar a los habitantes de su ciudad que ha encontrado al Mesías y les invita a "venir a ver a Jesús" (*Jn* 4, 29). En este estupendo pasaje evangélico, que alcanza una cumbre sublime por su belleza formal y por su profundidad doctrinal, hay rasgos pedagógicos interesantes para todo educador de la fe. La revelación personal es obra de Jesús, que la realiza partiendo de la situación concreta para llegar a una revisión ideal de la vida: esa vida vista a la luz de la verdad, porque sólo en la verdad puede efectuarse el encuentro con Cristo que personifica la misma verdad.

5. Precisamente cuando la Samaritana se dirige a Jesús con las palabras: "Dame esa agua" (*Jn* 4, 15), entonces El no tarda en indicar el camino que lleva a ella. Es el *camino de la verdad*

interior, el camino de la conversión y de las obras buenas. "Anda, llama a tu marido" (Jn 4, 16), dice el Señor a la mujer: se trata de una invitación a examinar la propia conciencia, a escrutar en lo íntimo del corazón, a despertar en él las esperanzas más profundas, ésas que se finge esconder bajo la réplica evasiva. Hace descubrir a esta mujer la necesidad de ser salvada y de preguntarse por el camino que puede conducirla a la salvación, haciendo con ella un verdadero y propio "examen de conciencia", y ayudándola a *llamar por su nombre* a los pecados de su vida. Por esto el Señor le apremia: "Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido" (Jn 4, 17-18). De este modo la mujer no sólo reconoce su situación de pecado, sino que es ayudada a llamar por su nombre a los pecados de su vida. San Agustín en un sermón admirable expresa así la lucha interior de esta mujer: "Primeramente te rigieron los cinco sentidos corporales; cuando llegaste después al uso de la razón, no llegaste a la sabiduría, sino que caíste en el error; por esto, después de los cinco maridos, *el que tienes ahora no es tu marido*. Y si no era un marido, ¿qué era sino un adúltero? *Llama*, pues, pero no al adúltero, llama a *tu marido*, con el fin de que tu inteligencia pueda comprenderme y el error no te haga pensar algo falso de mí... Echa lejos, pues, al adúltero, que te pervierte y *anda a llamar a tu marido*. Llámalo y vuelve acá con él, y me comprenderás" (In Jn. Evang. Tr. 15, 22).

En esta situación, Jesús, de improviso, se eleva más allá de la respuesta inmediata para anunciar la superación del culto juzgado verdadero y una nueva forma de adoración, que se fija en el corazón más que en los sacrificios, una adoración provocada por el Espíritu, precisamente la adoración "en espíritu y verdad" (Jn 4, 24). *Adorar en espíritu* significa ponerse bajo el influjo de la acción de Dios, esto es, del don de vida obrado por el Espíritu y llama la atención sobre la vida sobrenatural de la que gozan los cristianos y que es condición indispensable para ser "verdaderos" adoradores. *Adorar en verdad* significa ponerse en el orden de la revelación del Verbo: esa revelación para la cual se compromete la acción del Espíritu de verdad. El nuevo *lugar* de la adoración es el templo espiritual, es decir, Cristo-verdad, bajo la iluminación del Espíritu de verdad. La condición requerida por Jesús para un culto válido es la de sintonizar con su persona, reveladora de una fe que obra el Espíritu Santo. Los que sepan acoger el admirable "don de Dios" (Jn 4, 10) que es el agua viva del Espíritu Santo, serán transformados, como la Samaritana, se convertirán en verdaderos adoradores, encontrando el centro del culto en el Cuerpo de Cristo resucitado y transformado por la fuerza del Espíritu.

6. ¿Qué efectos produjo en la Samaritana el *agua viva que salta hasta la vida eterna*? Valorando el desarrollo ulterior de la situación espiritual de la mujer, se puede responder que el fruto fue grande. Efectivamente, se encuentra en ella una auténtica *metánoia* que la lleva hasta a reconocer en Jesús al Mesías: "Venid a ver —dice a sus conciudadanos— un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será éste el Mesías? (Jn 4, 29). Y la pregunta supone en su pensamiento una respuesta afirmativa, porque une esta confesión con el hecho de llamar por su nombre a los pecados: me ha dicho todo lo que he hecho. Nota en sí una nueva fuerza, un nuevo entusiasmo que la lleva a anunciar a los demás la verdad y la gracia que ha recibido: venid a ver. En cierto sentido se convierte en mensajera de Cristo y de su Evangelio de salvación, como

Magdalena en la mañana de Pascua.

También a nosotros se nos dirige la invitación a beber de esta agua viva de la verdad, a purificar nuestra vida, cambiar la mentalidad y a acudir a la escuela del Evangelio, donde el Señor, como hizo con la Samaritana, nos interpela, haciéndonos descubrir las exigencias más profundas de la verdad y del espíritu.

7. Queridos hermanos y hermanas:

En el tercer domingo de Cuaresma la Iglesia nos invita a la particular adoración de Dios, a rendir una adoración particular al Padre *"en espíritu y verdad"*.

Esta adoración no puede ser solamente externa. La adoración "en espíritu y verdad" debe afectar a nuestras conciencias. Y por esto oigamos una vez más el Salmo responsorial, cuando dice: "Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis el corazón..." (*Sal 94 [95], 8*).

Pensemos a quién de nosotros se *refieren estas palabras*. Pensemos en esos hermanos y hermanas, que están ausentes, pero a los cuales se refieren estas palabras, e imploramos para nosotros y para ellos el *encuentro con Cristo* semejante al encuentro de la Samaritana junto al pozo de Sicar.

Y escuchemos también las palabras *del Apóstol Pablo* en la Carta a los Romanos: "Ya que hemos recibido la justificación por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por El hemos obtenido con la fe el acceso a esta gracia en que estamos; y nos gloriamos apoyados en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios" (*Rom 5, 1-2*).

Si a alguno de nosotros se refieren estas palabras —y pienso que se refieren a muchos— entonces pidamos perseverar en la esperanza y en la observancia de la paz con Dios, tal como enseña el Apóstol.

Y finalmente escuchemos las *palabras de nuestro Señor Jesucristo* que dice: "Levantad los ojos y contemplad los campos que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así se alegran lo mismo sembrador y segador" (*Jn 4, 35-36*).

Y pidamos, pidámosle con toda el alma *esta cosecha*, lo mismo que pidió la Samaritana tener agua viva, el agua para la vida eterna. Y, al contemplar "los campos que ya están dorados para la siega" (*Jn 4, 35*), pensemos que hay necesidad de segadores como antes fueron necesarios los sembradores. Y digamos a Cristo que nos ha redimido con su Sangre: Señor, ¡aquí estoy! Admíteme como sembrador y segador de tu Reino. Señor, ¡aquí estoy! Envía operarios a la mies. "Envía operarios a tu mies" (cf. *Mt 9, 37*).

Que mediante la Cuaresma se *renueven* nuestras conciencias y reviva el celo de los auténticos discípulos de Cristo.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana